

LA NUEVA REALIDAD RETA A LA PASTORAL EN CONJUNTO

P. Bruno Masiero, S.D.B.

Los nuevos planteamientos que nos vienen de la realidad, cambio de época, está reclamando que no sólo se haga una nueva reflexión teológica, sino también una nueva manera de concebir la pastoral. Ella no puede sustraerse a las consecuencias de la nueva realidad y debe aceptar los desafíos que se le presenta y ser una alternativa que responda a los retos. Ciertamente se ha producido un análisis minucioso de la actual situación, que nos permite tener un diagnóstico y por ende entrever algunas líneas de intervención pastoral. Es fundamental tenerlo presente para saber de donde partimos y cual pudiera ser el camino más apropiado.

Hay una apreciación común y de la cual no podemos prescindir, que en la búsqueda de soluciones pastorales, el camino no está hecho, se debe hacer constantemente, pues se trata de una realidad que toca directamente a la persona, que por su misma constitución, es siempre cambiante y constituye además su riqueza invaluable. Pensar en la Pastoral con esquemas fijos y ya formulados, casi como si fueran recetas, sería equivocarse la perspectiva. Partiendo de una correcta comprensión de la tarea de la Iglesia de evangelizar, es decir, de ser fermento real y signo concreto de una nueva humanidad para los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares, se torna en una cuestión grave para la iglesia la búsqueda de formas siempre nuevas de ser y de actuar. Formas nuevas nunca fáciles de encontrar y cuya búsqueda lanza a la iglesia a una tensión permanente. Renunciar a esa búsqueda es perder su condición de fermento. Puede ser que la Iglesia no siempre sepa cuáles son las nuevas formas, pero sí sabe el camino para llegar a ellas: el camino de los hombres.

1-Los rasgos peculiares de una época en continuos cambios.

Se ha dicho y es ya casi un lugar común que de una época de cambios hemos pasado en forma vertiginosa e inesperada a un cambio de época.

El Postmodernismo ha llamado a juicio a todo el sistema de valores al cual estábamos acostumbrados, los ha declarado relativos. No hay valores absolutos, ni utopías, ni referencias determinantes. La constatación más obvia es que el valor que rige hoy los criterios y las opciones es el relativismo. No se cree en un sentido, ni en la búsqueda de un fin histórico. La estética sustituye a la ética. La eficacia sustituye a la reflexión y a la razón. La posmodernidad critica las utopías y prefiere disfrutar del presente, gozar de la experiencia inmediata, en medio de un pluralismo de valores, con una ética provisional y contextualizada en cada momento, con un pensamiento débil y maleable, en un individualismo narcisista, sin compromisos duraderos.

La religión por su parte revive en búsqueda de soluciones fáciles a nivel psíquico, emotivo o terapéutico. El paraíso o la salvación está en cada uno, lo importante es estar bien. Está de moda la «nueva era», que se sustenta en el sincretismo, el esoterismo, el intimismo, mezclados con ingredientes del cristianismo, hinduismo y otras tradiciones orientales. Una religión a la carta y una crisis de las grandes instituciones religiosas. Cuando miramos el camino recorrido reconocemos que no estamos ya en tiempos del Vaticano II, ni tampoco en el año de las conclusiones de Medellín.

En la dimensión afectiva surge un nuevo estilo de relaciones. Cualquier aproximación podría caer en la tentación de la simplificación reduccionista, pero podemos subrayar la tendencia a identificar la afectividad con la sensualidad, la sexualidad, la emotividad o el hedonismo. En las relaciones grupales se percibe más el sentido gregario que el de la solidaridad y de la comunión. Lo estable incomoda y es visto como un freno o una limitación a la propia expansión. Pareciera que nos encontráramos en el crepúsculo de la razón y en la explosión del sentimiento.

En la problemática socioeconómica se evidencia el empobrecimiento progresivo de la población mundial. Las primeras víctimas son las personas más frágiles, los niños, las mujeres, los ancianos. Las diversas situaciones de pobreza comprometen gravemente la educación de los jóvenes y la posibilidad de una mejor calidad de vida de cara al futuro. Los países en vías de desarrollo continúan siendo explotados económicamente y sufren también de las consecuencias de la ceguera, del pensamiento cerrado, egoísta y del subdesarrollo moral del mundo desarrollado. La creciente situación de pobreza

lleva a una progresiva deshumanización de la persona y de sus relaciones. Basta pensar en las periferias de nuestras ciudades y las del continente. Con la pobreza crecen la violencia, el tráfico de drogas y otras mil formas de abuso y explotación.

2.- Rasgos generales que caracterizan el proceso postmoderno.

La rapidez con se expande y se impone el fenómeno, basta pensar en la globalización. La revolución tecnológica impone su ritmo frenético, sorpresivo e indetenible. El aspecto continuamente cambiante de nuestra realidad nos deja siempre al descubierto y en la exigencia de saber empezar de nuevo, sin perdernos en el cambio.

La intensidad que el impacto de ese proceso tiene sobre los países pobres, sometidos a las necesidades de un nuevo orden mundial, marca el ritmo de una sociedad, que concentrando la riqueza que produce, siempre más excluye y empobrece a un mayor número de pueblos, especialmente los del tercer mundo.

El afán de los países ricos de abarcarlo todo al máximo: no hay prácticamente comunidades, grupos o instituciones que escapen a las tenazas de este proceso polifacético.

La independencia de cualquier control de que goza la expansión neoliberal, escapa igualmente a dispositivos de defensa creados por las economías nacionales.

Los efectos de este proceso crea una situación de marginalidad permanente, generadora de frustraciones de los grupos excluidos, en especial de la juventud sin ningún futuro. Dificultan los procesos para salir del apuro, frustran muchas aspiraciones y acentúan la sensación de impotencia. Todo esfuerzo de superación, de más justicia, de convivencia, topa con unas reglas de juego que le desfavorecen. Hay poco espacio para la esperanza.

3.- Escenarios en los cuales se mueva la Iglesia hoy.

Regresando a la fuente espiritual, comunitaria e histórica de la experiencia cristiana para proponer una nueva eclesialidad de la que pueda brotar una palabra creíble en este mundo concreto, esbozamos rápidamente algunos rasgos de esta nueva manera de ser y hacer Iglesia.

Abandonando la visión de una iglesia «frente al mundo», volvamos a la visión de una iglesia que va tejiendo su propia identidad junto con el mundo,

siendo trama de un solo dibujo, que es la historia humana. En esta visión privilegiamos el papel de reconciliación. El desafío es brindar al mundo un lugar de debate, de encuentro, de reconciliación y de elaboración de un proyecto posible de sociedad. Esto supone proponer desinteresadamente la riqueza de la experiencia espiritual, comunitaria e histórica de la iglesia para forjar juntos, con nuestras diversidades un mundo humano. Esta actitud humilde y abierta va a la par con una autocomprensión de la iglesia como alma del mundo, según la bella expresión de la carta a Diogneto.

Frente a la tentación de nuestros contemporáneos de buscar compensaciones pseudo-religiosas, nuestra presencia debe ser como el alma que unifica, da sentido y vida, moviliza invisiblemente la esperanza del mundo. No somos censores, somos motores del mundo. Esta vocación la podremos asumir a través de diversas encarnaciones comunitarias en la historia: La inculturación, entrar en diálogo humilde y servicial con las culturas. Descubrir las diferentes culturas como los lugares históricos de revelación y salvación. Una visión positiva de todo esfuerzo humano hacia una mejor calidad de vida y de relación.

Superar el complejo de oposición, cancelando la actitud de oposición al mundo. En el mundo debemos saber construir la casa común para toda persona, no importa su diferencia étnica, ni su color, ni su condición social, ni tampoco su diferencia religiosa. Saber aceptar la diferencia es un reto de la cultura hodierna.

Una nueva función ética: ser alma de un mundo que excluye al ser humano, supone una opción, una lucha y una palabra ética desde las víctimas de un sistema inmoral. Esto exige ubicarnos en la novedad del momento con sus desafíos inéditos y no contentarnos con repetir un discurso moral no comprensible y desubicado de las nuevas realidades (Bioética, ecología, cuestión del género, surgimiento del yo)

Una nueva función kerigmática: Hay que dejar en un segundo plano el discurso abstracto. El testimonio de vida en proximidad es la fuente de un anuncio implícito que, sólo si surge de la inquietud, dará cuenta de su esperanza. Así como en el Evangelio se trata de entrar en las casas, de permanecer en ellas y de darnos mutuamente la paz con respeto. Un anuncio que se acerca a la persona, que sale a su encuentro, genera confianza y se hace creíble con el propio comportamiento.

Una nueva función profética: desde los excluidos ser profetas en el doble sentido de la palabra: Denunciadores de los pecados y testigos de la esperanza.

Romper nuestras ataduras y complicidades con este mundo, liberarse de todo peso estructural innecesario y presentar un mensaje que interesa al hombre de hoy, porque se inserta en su realidad, sabe apreciarla, valorarla, se hace propositivo, cuestiona y plantea interrogantes y soluciones.

La mística como interpretadora de las funciones eclesiales: encontrar el verdadero punto de integración de las diferentes dimensiones de la nueva eclesialidad. Se trata de volver a Cristo y de replantear una mística cristocéntrica por la oración, la vida fraterna y el servicio del otro, especialmente el más pobre.

4.- Por donde caminar frente a los desafíos de un cambio de época.

Dos constataciones: la descripción de la realidad presentada debemos leerla pastoralmente desde la conciencia social y eclesial actuales.

Por una parte asistimos, en todos los niveles, a una creciente humanización, que pide participación activa. La sociedad desea participar como sujeto en todo lo que acontece. Hay una sensibilidad particular en intervenir en todo lo que interesa a la sociedad y a la persona. El hombre moderno rechaza que otro tome decisiones por él. Se siente directamente involucrado, quiere su espacio de participación, de consulta, de opinión y la cuota que le corresponde en las decisiones. No quiere ser marginado, ni sustituido.

Todo el proceso social actual que estamos viviendo es un indicador de una sociedad civil que sale de su letargo y empieza a tomar conciencia del puesto que le corresponde en la conducción de la vida del País. Así mismo en pastoral ya es común la tendencia que es preferible que muchos hagan poco que pocos hagan mucho. El núcleo del problema no está en la posibilidad de poder hacer, lo fundamental está en sentirse protagonista de la realidad. La realidad nos pertenece y en ella todos tenemos derechos a intervenir. Hoy lo que realmente está en crisis es lo Institucional, lo formal, lo que ya se da por sabido. La persona no descarga sobre otro su responsabilidad, se siente corresponsable. Por ello todo aquello que viola los derechos de la persona, es rechazado incluso en forma violenta.

Esta conciencia social participativa, ha hecho reflexionar a la Iglesia y a redefinirse a sí misma. La Iglesia no es sólo una sociedad perfectamente organizada, ella es, en su realidad más profunda, el pueblo de Dios, el pueblo convocado y llamado. Es una comunión de personas a imagen de la Trinidad, que es su modelo inigualable. En la Iglesia pueblo de Dios, todos somos llamados y a todos se nos ha dado el don de hacerla crecer. La comunión es la

nota más característica de la Iglesia. Nos hace sentir parte integrante de su realidad. Ninguno está al margen, ninguno es anónimo, ninguno sustituye a otro. Somos iglesia en la medida que la comunión se acrecienta y cada creyente es portador y hacedor de comunión. De la comunión brota la otra nota propia de la Iglesia, la solidaridad. Todo el pueblo de Dios es solidario de todo lo que acontece y de todo lo que se debe realizar. La misión de evangelizar es propia del pueblo de Dios, no está reservada a una categoría de personas.

El Santo Padre, en la carta encíclica «Redemptoris Missio», reafirma, como algo irrenunciable, esta dimensión solidaria de toda la Iglesia en su anuncio de Jesucristo a los hombres. Esto supone un cambio radical en el modo de concebir y de realizar la tarea evangelizadora: no ya un grupo de privilegiados, de cristianos comprometidos, sino todo el pueblo de Dios hace misión y está en misión permanente. Cada creyente ha recibido su don para realizar esta tarea, nadie puede renunciar a ella. El próximo Concilio Plenario de nuestra Iglesia en Venezuela tiene entre sus prioridades llamar la atención sobre este aspecto y estructurar bien los espacios y las condiciones que permitan que todos los cristianos puedan participar y sentirse llamados a participar. Comunión y solidaridad dos actitudes de fondo para la nueva evangelización al inicio de este tercer milenio. Comunión y solidaridad, como referente para toda la Iglesia, para cada comunidad, para cada cristiano en particular.

Estas dos constataciones de la situación actual van exigiendo a la Pastoral la capacidad de crear un espacio de vida: un ecosistema comunitario como camino apropiado para su tarea de animación y de unificación. La vitalidad de la Iglesia, de cada comunidad requiere del aporte de todos sus miembros. Sin la valoración del don de cada creyente, de su correcta ubicación y activa participación no es posible evangelizar hoy, en un mundo globalizado que, por su misma estructuración, tiende a excluir y por lo tanto a debilitar toda realidad fragmentada, inconsistente o dispersa. Es necesario instaurar un método de acción que, por la participación de todos, eduque al espíritu comunitario. Educar para el espíritu comunitario requiere abrirse decididamente a la participación articulada de todas las fuerzas vivas de una comunidad.

La constitución de comunidades vivas requiere que todos, sin perder la especificidad de su campo de acción, crezcan en relación al conjunto. El ecosistema comunitario pide que se pase de acciones dispersas a acciones cohesionadas alrededor de proyectos comunes, con objetivos propuestos, clarificados y aceptados por todos. El arte de saber involucrar, depende de la capacidad de fijar metas comunes comprensibles y aceptadas por la comunidad.

Uno de los obstáculos en pastoral está en proponer metas que la mayoría de las personas interesadas o no han comprendido o no son asumidas como propias. Están afuera de su real alcance. La propuesta pastoral funciona si la sustenta una motivación real, que involucra y compromete a la persona en un proceso, donde la persona descubre que no es sólo funcional, sino parte integrante.

El ecosistema comunitario requiere, además, de una plataforma común, fundamentada en la sinergia de los esfuerzos. Saber coordinar esfuerzos, personas, recursos, estructuras, haciendo converger hacia puntos comunes. La capacidad de racionalizar, de armonizar y de ubicar tanto el potencial humano de que se dispone en una situación concreta, como del recurso es fundamental en una realidad globalizante. Me parece que este es uno de los aspectos más álgidos de nuestra pastoral siempre en situación de emergencia y de respuesta a lo inmediato.